

La venganza de Montecristo y la máquina novelesca

A
M
C
L
A
J
E
S

[60]

Tram[pl]as

Nora **Mazziotti**

Coordinadora de OBITEL (Observatorio Iberoamericano de Ficción Televisiva), UNLP. Profesora e investigadora en la UNLM. Coordinadora de la carrera de Guionistas del ISER.

“‘Montecristo’ es una de las novelas más apasionantes que jamás se hayan escrito”, escribe Umberto Eco¹, refiriéndose a la novela de Alejandro Dumas, y me atrevo a pensar que diría lo mismo si viera la versión de Adriana Lorenzón y Marcelo Camaña que está emitiendo *Telefé*. Porque “Montecristo” constituye un hito en la televisión argentina. Es una de las apuestas más osadas que se hayan hecho. Existe la hipótesis de que los relatos funcionan si le dicen algo a la sociedad a la que están destinados. Dudo un poco de esa conjetura, no sé si es siempre así, dados los despliegues y de-

sarrollos que pueden alcanzar promociones, publicidades y demás argucias con que somos instados a consumir algún producto. Sin embargo, creo que “Montecristo” le está diciendo algo, y mucho, a la Argentina del 2006.

Voy a recurrir a dos conceptos para desarrollar el análisis. Uno es el de venganza, el gran tema de “Montecristo”. La venganza es justiciera, implica la reparación de un mal infringido. Compensa, remedia, resarce. Y finalmente, cuando se la ejecuta, alivia.

El otro es también una expresión de Eco, que se refiere a “Montecristo” como “la máquina nove-

lesca". Es una frase sugestiva. Remite al movimiento, a la técnica, a lo que se fabrica, a lo que no se detiene. La venganza y la máquina novelesca me son útiles para referirme a lo que ha puesto en marcha esta telenovela.

El contexto televisivo

Primero, quiero echar un vistazo al paradójico contexto de la ficción televisiva. Y digo paradójico porque a pesar de que se está produciendo mucho, es poco lo que tiene valor. La televisión argentina está transitando una etapa de producción creciente de ficción. El dato es positivo, ya que la ficción es lo único que puede fortalecerla y permitirle desenvolverse como industria. También se ha desarrollado una auspiciosa comercialización internacional de latas y de formatos. Pero, lo producido no se caracteriza por agregar "algo" a productos de temporadas anteriores. Los títulos parecen repeticiones de las repeticiones. Más de lo mismo, una y otra vez. ¿O acaso "Sos mi vida" es más que una ecuación entre "Son amores", "Sin código" y "Muñeca brava"?

En ese contexto, la máquina novelesca de "Montecristo" y su rotundo éxito pone en evidencia que se puede revertir la falta de riesgo, de ideas, de creatividad que parecían instaladas a perpetuidad en la televisión argentina. Y también hace dudar de la frase establecida que pregona que si hay productos bobos, es porque responden al gusto común, y son lo que la gente quiere ver. Porque, la tan mentada gente, cuando se lo ofrecen, elige algo al estilo de "Montecristo".

Y es venganza porque a la experiencia creativa, innovadora, la acompaña el suceso. Venganza frente a la mediocridad, al no se puede, al prohibido cambiar. Venganza frente a la ficción light, la que no le interesa (y no sabe) contar nada. "Montecristo" puede convertirse en un estímulo, un incentivo para que los responsables se inclinen por títulos más jugados. Señala que se pueden experimentar otros caminos.

De las historias

En el contexto televisivo actual, las historias se modifican constantemente, carecen de plan, son improvisadas, no se sabe qué quieren contar.

En la televisión, toda la ficción seriada se va haciendo sobre la marcha. La escritura por entregas se impone con la novela de folletín del siglo XIX, y del periodismo pasa a la radio y a la TV. Tiene su razón de ser, porque capítulo a capítulo se va viendo el desempeño del relato, la relación con las audiencias, la llegada de los personajes, qué es lo que se debe reforzar, aclarar o suprimir. Pero eso ocurre dentro de un plan, donde está pensado, por ejemplo, que alrededor del capítulo 60 tiene que ocurrir tal cosa, y que el personaje X va a dar a conocer su secreto cercano al capítulo 89... para eso se hace la síntesis de toda la historia.

Eso ha sido siempre así, pero en la televisión actual, pareciera que tener una idea de conflicto ya es suficiente, ya está listo para mandar una historia al aire. Y ocurre que, después del primer capítulo, no saben qué más contar. Hay muchos ejemplos re-

cientes ("Gladiadores de Pompeya", "Collar de esmeraldas", "Juanita la soltera", por nombrar sólo algunos de la actual temporada).

Lo más preocupante es que estas historias poco pensadas no siempre fracasan: basta con examinar "Se dice amor". Han pasado ocho meses desde su inicio, y todavía se ignora qué es lo que quieren contar. Que el padre (o la madre) de X no es quien se creía. Que tal no es hijo del que se suponía. Una y otra y otra vez, el mismo recurso. Y por más que se busque, no hay nada más. Las líneas narrativas van a la deriva, se modifica el eje, las historias secundarias pasan a ser principales, cambian de actores, incorporan nuevos que, sorpresivamente, se tornan protagónicos. Andan a los tumbos.

Lo habitual son las historias insustanciales, obvias, descartables. Títulos que tienen poco para contar, o que no saben hacerlo, que estiran, reiteran, copian... Y lo peor, es que los responsables de la producción, o los programadores, lo saben, y no les importa. Cuando terminan, nadie los recuerda. No dejaron nada. ¿Quién se acuerda hoy de "Soy gitano", o de "Los secretos de papá"?

Y la venganza de "Montecristo", lo que pone al descubierto la máquina novelesca de "Montecristo", es que hay autores atrás. Son los que tienen "la bendita manía de contar", como dice García Márquez. En este caso, Adriana Lorenzón y Marcelo Camaño, hicieron un plan de la historia, saben con qué llenar más de 100 capítulos. Tienen esa responsabilidad, y la pasión necesaria.

“Montecristo” es la reivindicación de los autores, desde Dumas en adelante, en una etapa en que el rol del productor parece prevalecer sobre todo lo demás en la industria televisiva. Y muestra que la historia urdida y forjada paso a paso por sus creadores es medular para que el producto exista, tenga vida.

De las textualidades

Quiero recuperar también la idea de máquina novelesca para señalar dos elementos de la textualidad de “Montecristo”: la celeridad y la cantidad. Pasan cosas, muchas cosas, todo el tiempo. La máquina no para. No se puede asistir a “Montecristo” atendiendo otros quehaceres, como es habitual hacer con la televisión. Es mucho lo que sucede, hay mucho para contar. Y a la cantidad de eventos se suma la rapidez con que ocurren. Les sobra historia, no hay nada que estirar.

Casi no hay tiempos muertos. Capítulos donde se avanza poco. Por eso es que no abunda en los recursos más utilizados en los relatos televisivos, la repetición. En la máquina novelesca de “Montecristo” no hay espacio para la redundancia.

A diferencia de la novela de Dumas, que, como señala Eco “está lleno de rípios y a veces se repite un mismo adjetivo a distancia de un renglón”, nuestro “Montecristo” está bien escrito. Algo que parecía olvidado en la televisión argentina. Los autores se inscriben en la matriz escritural de Alberto Migré, no por re-

medar el peculiar estilo que él tuviera, sino por el cuidado del lenguaje, por la elección de la palabra exacta. Es también un homenaje, y una reivindicación. Usan frases que, además de estar bien construidas, suenan bien. Es un texto al que es grato prestar atención. Una agradece que los personajes no digan a cada rato “Qué hacés vos acá” o “Te voy a reventar, basura”.

Del melodrama

La máquina narrativa de “Montecristo” puso nuevamente en marcha el melodrama. El más puro, el más clásico. No porque hubiera desaparecido, sino porque está subvalorado y empujado.

Por un lado, “Montecristo” es la venganza del melodrama, continuamente despreciado y minimizado. Todavía se escucha decir “cayó en el melodrama”. O se piensa que no es más que un golpe bajo. Y por otro lado, ocurre también que el melodrama es arrasado, despojado, en novelas que lo saquean, lo desmantelan. Novelas donde los responsables creen que el melodrama es sólo un catálogo de recursos efectistas, y no un universo de sentido.

El melodrama se vale de las coincidencias abusivas, de la reaparición de quienes se creía muertos, de las filiaciones complejas, del hurto de recién nacidos. Esos y otros recursos son medios para expresar un mundo regido por afectos, por lealtades, por emociones. Para contar melodramáticamente es neces-

rio un entramado constante y silencioso con el sentimiento y la emoción.

Los mecanismos efectistas por sí mismos, repetidos hasta el cansancio, como hacen muchas novelas hoy, son sólo la carcaza, no la esencia del melodrama. Usando constantemente esos recursos, lo desgastan, lo vacían de sentido, lo secan por dentro.

En “Montecristo” el melodrama regresa para desplegar sus zonas medulares, para gritar que está vivo y vigente. “Montecristo” hace justicia con el melodrama.

Y está también la venganza del melodrama sobre la comedia: “Montecristo” aparece cuando en la TV argentina parecía que en ficción y entretenimiento bastaba con comedias donde los personajes reiteraban gestos cómplices al público y cambiaban de disfraces una y otra vez, y recupera el lugar de la emoción, la identificación-proyección, el suspenso.

De los actores y la puesta

Historias como “Montecristo” constituyen un desafío para los actores. Tienen la posibilidad de vengarse de papeles grises, sin atractivo, basados en mínimos rasgos, idénticos a los que hicieron año tras año, o en la novela anterior. La máquina “Montecristo” les permite componer roles consistentes, preparar y desarrollar caracterizaciones, porque los personajes tienen los pliegues y recovecos para hacerlos atractivos. Hay personajes que

sin dudas quedarán en la memoria colectiva. Porque hay una historia. Hay un texto que los respalda.

Pareciera también que, puesta a andar la máquina novelesca, todos los que trabajan en ella se montaron en la historia, y pudieron desarrollar su creatividad: es cada vez más cuidada y expresiva la ambientación, la puesta de cámaras, los planos, los travellings, los fundidos, las musicalizaciones, los silencios. Es un verdadero trabajo de equipo.

Del héroe vengativo

Por momentos se tiene la impresión de que el héroe es demasiado vengativo, o que está excesivamente movido por su comprensible afán de venganza. Es utilitario de los demás. No le interesa si lastima a alguien inocente, le importa cumplir su plan. Se sirve de los otros.

Me perturbaba ese héroe egocéntrico, soberbio. Una vez más, encontré la explicación en Umberto Eco: "Dumas ensaya una psicología incongruente y jadeante del superhombre, mostrándolo dividido entre el vértigo

de la omnipotencia (debida al dinero y al saber) y el terror de su papel privilegiado, en un palabra, atormentado por la duda y tranquilizado por la conciencia de que su omnipotencia nace del sufrimiento". Era eso.

Contar la represión

Dejo para el final una de las facetas más relevantes de este relato, y es el hecho de hablar de las víctimas de la dictadura militar. La máquina novelesca de "Montecristo" puso en marcha uno de los temas más dolorosos de nuestra historia. Por primera vez la ficción televisiva cuenta un relato donde tiene por protagonistas a las víctimas y a sus victimarios.

Si por un lado es un acierto haber pensado en la dictadura militar para adaptar lo que tenía que ver con Bonaparte en la novela de Dumas, y habla de la fuerza y vigencia de ese texto, que permite abrirse para zonas impensadas; por el otro, los riesgos de llevarlo a cabo eran enormes.

Hasta el momento, en el campo del espectáculo, sólo el cine y el teatro se habían hecho cargo de

narrar la dictadura. Pero una cosa es una película o una obra de teatro, que dura dos horas, y termina, y se establece una distancia, y otra es tener el tema en una novela diaria, que entra en la propia casa.

Se carecía de modelos televisivos. O los que había, eran inapropiados. Por ejemplo, pienso en cierta televisión supuestamente denunciista, al estilo de las ficciones de Hugo Moser (aunque no sólo las de ese autor), que terminaban siendo declarativas en exceso, dudosa-mente bienintencionadas, e ideológicamente conservadoras. Otro riesgo era el de banalizar, trivializar los hechos siniestros de esos años. O estetizarlos, y al embellecerlos, vaciarlos de contenido.

La venganza de "Montecristo" es la frontalidad con que se cuenta el horror, sin anestesia, y sin concesiones, pero dejando que se cuele sutilmente en la cotidianidad de las historias, sugiriendo, aunque sin dejar dudas. Y sabiendo dosificar para no provocar rechazos, o agobio. También existían peligros en el tratamiento de los personajes

 <p>Asociación de Psicoanálisis de La Plata</p>			<h2>Atención Analítica</h2> <h3>PSICOANÁLISIS</h3>		
<ul style="list-style-type: none"> • Una práctica de atención a los síntomas de cada uno 		<ul style="list-style-type: none"> • Equipo de profesionales con consultorios particulares 		<ul style="list-style-type: none"> • Consultas y supervisiones de casos clínicos 	
<p>Dirección:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Dra. María Inés García Urcola <p>Responsables:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Lic. Fátima Alemán • Lic. Gisèle Ringuelet <p>Consultor:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Dr. Enrique Acuña 		<p>Integrantes:</p> <ul style="list-style-type: none"> Lic. Marcelo Ale •Lic. Laura Arroyo •Lic. Daniel Dereza •Lic. Cecilia Fasano •Lic. Pablo Fernández •Lic. Leticia García •Lic. Gustavo González 		<ul style="list-style-type: none"> •Lic. Mauricio González •Lic. Guillermina Martínez •Lic. Graciela Rocha •Prof. Adriana Saullo •Dr. Germán Schwindt •Lic. Daniela Ward 	
<p>Dirección: calle 1 N°718</p>		<p>Teléfono de Secretaría: 421-4533</p>		<p>Horario de atención: Lunes a Viernes de 16 a 20 hs.</p>	

que hacen de victimarios. Implicaba, para los actores, el desafío de despegarse del estereotipo del malvado de telenovela, ese que es malo de la cabeza a los pies, y en todas las escenas aparece con los ojos inyectados de sangre y la mandíbula apretada. Era importante alejarse de la pintura del torturador que lo representa como no humano, como torturador durante las 24 horas del día. Y a la vez, al cotidianizar al torturador, estaba el riesgo de hacerlo demasiado simpático, querible, y con eso también vaciarlo o modificar el contenido. La forma elegida en “Montecristo” permite que el relato fluya sin que se caiga en mensajis-

mos o retóricas supuestamente comprometidas. La historia se impone por su propio peso, por su acertado devenir. La tarea de los actores es, en estos casos, encomiable. Armaron personajes capaces de recorrer sin esfuerzo los espacios que van de lo sutil a lo brutal.

Final

Mientras escribo esto pienso que tuvieron que pasar 30 años para que se pudiera hablar en ficción con madurez de lo ocurrido. No me lamento, las cosas se cuentan cuando se pueden contar. Es también una reparación, un homenaje, que como sociedad nos merecíamos.

Retomando lo que señalé en el comienzo, pienso que “Montecristo” está diciendo mucho en varios planos. Que se puede innovar, que se puede crear, decir cosas interesantes, que no todo tiene que ser light, olvidable, sin compromiso. Y lo veo también como una venganza: frente a tantos años de despojos, de crisis y desmantelamientos, no se pudo destruir todo. Todavía hay gente que sabe hacer las cosas bien; y también hay gente que sabe agradecer, que premia con un rating altísimo. Ojalá “Montecristo” no sea un hecho aislado, y sirva como máquina para disparar mejores producciones.

[Notas]

- 1 Eco, Humberto. “Elogio del ‘Montecristo’”, en: De los espejos y otros ensayos, Barcelona, Lumen, 1988.